

Inaugurando el año de Shakespeare

por

Pablo Neruda

Goneril, Regan, Hamlet, Angus, Duncan, Glansdale, Mortimer, Ariel, Leontes . . . Los nombres de Shakespeare, estos nombres trabajaron en nuestra infancia, se cristalizaron, se hicieron materia de nuestros sueños. Detrás de los nombres de Shakespeare, cuando aun apenas si podíamos leer, comprendimos que existía un continente con ríos y reyes, clanes y castillos, archipiélago que alguna vez descubriríamos. Los nombres de sombríos o radiantes protagonistas nos mostraban la piel de la poesía, el primer toque de una gran campana. Después, mucho tiempo después, llegan los días y los años en que descubrimos las venas y las vidas de estos nombres. Descubrimos padecimientos y remordimientos, martirios y crueldades, seres de sangre, criaturas de aire, voces que se iluminan para una fiesta mágica, banquetes a los que acuden los fantasmas ensangrentados. Y tantos hechos, y tantas almas, y tantas pasiones y toda la vida.

En cada época un bardo asume la totalidad de los sueños y de la sabiduría: expresa el crecimiento, la extensión del mundo. Se llama una vez Alighieri o Víctor Hugo, Lope de Vega o Walt Whitman.

Sobre todo se llama Shakespeare.

Estos bardos acumulan hojas, pero entre estas hojas hay trinos, bajo estas hojas hay raíces. Son hojas de grandes árboles.

Son hojas y son ojos. Se multiplican y nos miran a nosotros, pequeños hombres de todas las edades transitorias, nos miran y nos ayudan a descubrirnos: nos revelan nuestro propio laberinto.

En cuanto a Shakespeare, viene luego una tercera revelación, como vendrán muchas otras: la del sortilegio de su alquitarada poesía. Pocos poetas tan compactos y secretos, tan encerrados en su propio diamante.

Los Sonetos fueron cortados en el ópalo del llanto, en el rubí del amor, en la esmeralda de los celos, en la amatista del luto.

Fueron cortados en el fuego, fueron hechos de aire, fueron edificados de cristal.

Los Sonetos fueron arrancados a la naturaleza, de tal manera, que desde el primero al último se oye cómo transcurre el agua, y cómo baila el viento, y cómo se suceden, doradas o floridas, las estaciones y sus frutos.

Los Sonetos tienen infinitas claves, fórmulas mágicas, estática majestad, velocidad de flechas.

Los Sonetos son banderas que una a una subieron a las alturas del castillo. Y aunque todas soportaron la intemperie y el tiempo, conservan sus estrellas de color amaranto, sus medias lunas de turquesa, sus fulgores de corazón incendiado.

Yo soy un viejo lector de la poesía de Shakespeare, de sus poemas que no nos dicen nombres, ni batallas, ni desastros como sus tragedias.

Está sólo la blancura del papel, la pureza del camino poético. Por ese camino se deslizan interminablemente las imágenes, como pequeños navíos cargados de miel.

En esta riqueza excesiva en que el urgente poder creativo se acompasa con la suma de la inteligencia, podemos ver y palpar a un Shakespeare constante y creciente, siendo de lo más señalado, no tanto su caudaloso poderío, sino lo imperativo de su exigencia formal.

Mi ejemplar de los Sonetos tiene mi nombre escrito y el día y el mes en que compré aquel libro en la Isla de Java en 1930.

Hace, pues, 34 años que me acompaña.

Allí, en la lejana Isla, me dio la norma de una purísima fuente; junto a las selvas y a la fabulosa multitud de los mitos desconocidos, fue para mí el contacto de una ley cristalina. Porque la poesía de Shakespeare, como la de Góngora y la de Mallarmé, juega con la luz de la razón, impone un código estricto, aunque secreto. En una palabra, en aquellos años abandonados de mi vida, la poesía shakespeariana mantuvo para mí abierta comunicación con la cultura occidental. Al decir esto, incluyo, naturalmente, en la gran cultura occidental a Pushkin y a Carlos Marx, a Bach y a Hoelderlin, a Lord Tennyson y a Maiakovski.

Naturalmente, la poesía está diseminada en todas las grandes tragedias, en las torres del Elsinor, en la casa de Macbeth, en la barca de Próspero, entre el perfume de los granados de Verona.

Cada tragedia tiene su túnel por el que sopla un viento fantasmagórico. El sonido más viejo del mundo, el sonido del corazón humano, va formando las palabras inolvidables. Todo esto se desgrana en las tragedias, junto a las interjecciones del pueblo, entre las insignias de los mercados, con las sílabas soeces de parásitos y de bufones, sobre el choque de acero de las panoplias delirantes.

Pero a mí me gusta buscar la poesía en su fluir desmedido, cuando Shakespeare la ordena y la imprime en la pa-

red del tiempo, con el azul, el esmalte y la espuma mágica, amalgama que la dejará estampada en nuestra eternidad.

Por ejemplo, en el idilio pastoril de Venus and Adonis, publicado en 1593, hay muchas sombras frescas sobre las aguas que corren, insinuaciones verdes de la floresta que canta, cascadas de poesía que cae y de mitología que huye hacia el follaje.

Pero, de pronto, aparece un potro. Y toda irrealidad desapareció al golpe de sus cascos cuando "sus ojos desdeñosos relumbran como el fuego", mostrando "su caliente valor, su alto deseo".

Si, porque se ve que si un pintor pintara ese caballo "tendría que luchar con la excelencia de la naturaleza". "Lo viviente sobrepasará a los muertos". No hay descripción como la de este caballo amoroso y furioso golpeando con sus patas verdaderas los estupendos sextetos.

Y lo menciono aun cuando en su bestiario quedaron rastros de muchas bestias y en el herbario shakespeariano permanece el color y el olor de muchas flores, porque este potro piafante es el tema de su oda, el movimiento genésico de la naturaleza captado por un gran organizador de sueños.

En los últimos meses de este otoño me dieron el encargo de traducir Romeo y Julieta.

Tomé esta petición con humildad. Con humildad y por deber, porque me sentí incapaz de volcar al idioma español la historia apasionada de aquel amor. Tenía que hacerlo, puesto que éste es el gran año shakespeariano, el año de la reverencia universal al poeta que dio nuevos universos al hombre.

Traduciendo con placer y con honradez la tragedia de los amantes desdichados, me encontré con un nuevo hallazgo.

Comprendí que detrás de la trama del amor infinito y de la muerte sobrecogedora había otro drama, había otro asunto, otro tema principal.

Romeo y Julieta es un gran alegato por la paz entre los hombres. Es la condenación del odio inútil, es la denuncia de la bárbara guerra y la elevación solemne de la paz.

Cuando el Príncipe Escalus recrimina con dolorosas y ejemplares palabras a los clanes feudales que manchan de sangre las calles de Verona, comprendemos que el Príncipe es la encarnación del entendimiento, de la dignidad, de la paz

Cuando Benvolio reprocha a Tybaldo su pendenciera condición, diciéndole: "Sólo quiero la paz, guarda tu espada", el fiero espadachín le responde:

"Yo odio esta palabra paz como al infierno".

La paz era, pues, odiada por algunos en la Europa isabelina. Siglos más tarde Gabriela Mistral, perseguida y ofendida por su defensa de la paz, expulsada del diario chileno que publicaba desde hacía 30 años sus artículos, escribió su recado famoso: "La paz, esa palabra maldita". Se ve que el mundo y los órganos de prensa continuaron gobernados por los Tybaldos, por los espadachines violentos.

Una razón más, pues, para amar a William Shakespeare, el más vasto de los seres humanos.

Siempre tendríamos tiempo y espacio para explorarlo y extraviarnos en él, para ir muy lejos alrededor de su estatura, como los diminutos hombres de Lilliput en torno a Gulliver. Para ir muy lejos, sin llegar al fin, volviendo siempre con las manos llenas de fragancia y de sangre, de flores y de dolores, de tesoros mortales.

Me ha tocado a mí abrir la puerta de los homenajes levantando el telón para que aparezca su deslumbrante y pensativa figura. Yo le diría a través de cuatro siglos:

*“¡Salud Príncipe de la luz! ¡Buenos días histrión errante!
¡Heredamos tus grandes sueños que seguimos soñando!
¡Tu palabra es honor de la tierra entera!*

Y, más bajo, al oído, le diría también:

“¡Gracias compañero!”

*

De la traducción de Pablo Neruda de “Romeo y Julieta”, que estrenará durante este año el Instituto del Teatro de la Universidad de Chile:

ESCENA II

Jardín de Capuleto

(Entra Romeo)

ROMEO ¡Se burla aquel que nunca ha sido herido
de nuestras cicatrices!

*(Julieta aparece en una ventana, arriba, sin darse
cuenta de la presencia de Romeo)*

¡Silencio! ¿Qué ilumina
desde aquella ventana las tinieblas?
¡Es Julieta, es el sol en el oriente!
Surge, espléndido sol, y con tus rayos
mata a la luna enferma y envidiosa,
porque tú, su doncella, eres más clara.
No sirvas a la luna que te envidia.
¡Su manto de vestal es verde y triste,
ninguna virgen ya lo lleva, arrójalo!
¡Es ella en la ventana! ¡Es la que amo!
¡Oh, cuánto diera porque lo supiese!
Habla, aunque nada dice, no me importa,
me hablan sus ojos, les respondo a ellos.

¡Qué idea loca! ¡No es a mí a quien hablan!
Dos estrellas magníficas del cielo
ocupadas en algo allá en la altura
le piden a sus ojos que relumbren.
¿No estarán en su rostro las estrellas
y sus ojos girando por el cielo?
El fulgor de su rostro empañaría
la luz de las estrellas, como el sol
apaga las antorchas. Si sus ojos
viajaran por el cielo brillarían
haciendo que los pájaros cantaran
como si fuera el día y no la noche.
¡Ved como su mejilla está en su mano!
¡Ay, si yo fuera el guante de esa mano
y pudiera tocar esa mejilla!

JULIETA ¡Ay de mí!

ROMEO ¡Ha hablado ahora!
¡Habla otra vez, oh ángel luminoso!
En la altura esta noche te apareces
como un celeste mensajero alado
que en éxtasis, echando atrás la frente,
contemplan hacia arriba los mortales
cuando pasa entre nubes perezosas
y navegan en el ámbito del aire.

JULIETA Oh, Romeo, ¿por qué eres tú Romeo?
¡Reniega de tu padre y de tu nombre!
Si no quieres hacerlo, pero, en cambio,
tú me juras tu amor, eso me basta,
dejaré de llamarme Capuleto.

ROMEO (*Aparte*) ¿Debo seguir oyendo o le respondo?

JULIETA ¡Solamente tu nombre es mi enemigo!
Seas Montesco o no, tú eres el mismo.
¿Qué es Montesco? No es un pie, ni una mano,
no es un rostro, ni un brazo, no es ninguna
parte del hombre. ¡Cambia de apellido!
Porque, ¿qué puede haber dentro de un nombre?
Si otro título damos a la rosa
con otro nombre nos dará su aroma.
Romeo, aunque Romeo no se llame,
su perfección amada mantendría
sin ese nombre. Quítate ese nombre
y por tu nombre que no es parte tuya
tómame a mí, Romeo, toda entera.

ROMEO Te tomo la palabra. Desde ahora
llámame sólo Amor. Que me bauticen
otra vez, dejo de ser Romeo.

JULIETA ¿Quién eres tú que oculto por la noche
entras en mis secretos pensamientos?

ROMEO Quien soy no te lo digo con un nombre:
santa mía, mi nombre me es odioso
porque es un enemigo para ti.
De haberlo escrito yo lo rompería.

JULIETA Aun no han bebido cien palabras tuyas
mis oídos y ya te reconozco.
¿No eres Romeo? ¿No eres un Montesco?

ROMEO No seré ni lo uno ni lo otro,
bella, si las dos cosas te disgustan.

JULIETA ¿Cómo llegaste aquí? ¿De dónde vienes?
Altas son las murallas y difíciles,
y sabiendo quien eres si te encuentran
en este sitio, te darán la muerte.

ROMEO Con alas del amor pasé estos muros,
al amor no hay obstáculo de piedra
y lo que puede amor, amor lo intenta:
no pueden detenerme tus parientes.

JULIETA Si ellos te ven aquí te matarían.

ROMEO Ay, en tus ojos veo más peligro
que en veinte espadas de ellos. Si me miras
con dulzura, podré vencer el odio.

JULIETA No quisiera por nada en este mundo,
que te vieran aquí.

ROMEO Llevo el ropaje
de la noche que esconde mi figura,
pero, si no me amas, que me encuentren.
Que acaben con mi vida los que me odian
antes que sin tu amor tarde la muerte.

JULIETA ¿Quién dirigió tus pasos a este sitio?

ROMEO El amor, que me hizo averiguarlo,
me dio consejos, yo le di mis ojos.
Aunque no soy piloto, si estuvieras
tan lejana de mí como las playas
del más lejano mar, te encontraría,
navegando hasta hallar ese tesoro.

JULIETA Me cubre con su máscara la noche,
de otro modo verías mis mejillas
enrojecer por lo que me has oído.
Cuánto hubiera querido contenerme,
cuánto me gustaría desmentirme,
pero le digo adiós al disimulo.
Dulce Romeo, si me quieres, dímelo
sinceramente, pero, si tú piensas
que me ganaste demasiado pronto
frunciré el ceño y te diré que no
y seré cruel para que tú me ruegues,
aunque de otro manera el mundo entero
no podría obligarme a rechazarte.
Bello Montesco, te amo demasiado,
tal vez por ello me hallarás ligera,
pero te daré pruebas, caballero,
de ser más verdadera que otras muchas
que por astucia se demuestran tímidas.
Más reservada hubiera sido, es cierto,
pero yo no sabía que escuchabas
mi pasión verdadera. Ahora, perdóname,
y no atribuyas a liviano amor
lo que te descubrió la oscura noche.

ROMEO Señora, por la luna que de plata
corona esta arboleda, yo te juro. . .

JULIETA No jures por la luna, la inconstante,
que al girar cada mes cambia en su órbita,
no sea que tu amor cambie como ella.

ROMEO ¿Por quién voy a jurar?

JULIETA No jures y, si lo haces,
jura por ti, por tu gentil persona,
que yo te creeré. ¿Eres un dios
dentro de mi secreta idolatría.

ROMEO Si el amor que me abrasa. . .

JULIETA No jures, aunque tú eres mi alegría.
Este pacto de amor en esta noche
no me contenta, es demasiado rápido,
demasiado imprevisto y temerario.
Este botón de amor con el aliento
de las respiraciones del verano
tal vez dará una flor maravillosa
cuando otra vez tú y yo nos encontremos.
¡Adiós! ¡Adiós! Que el dulce sueño caiga
tanto en tu corazón como en el mío.

ROMEO ¿Y así me dejas lleno de deseos?

JULIETA ¿Qué deseos quisieras ver cumplidos?

ROMEO Cambiar tu juramento por el mío.

JULIETA Te di mi amor sin que me lo pidieras
y aun quisiera dártelo de nuevo.

ROMEO ¿Y me lo quitarás, amor mío?

JULIETA Sólo para entregártelo otra vez.
Deseo lo que tengo, sin embargo
tengo tanto que darte como el mar
y como el mar mi amor es de profundo:

uno y otro parecen infinitos,
pues, mientras más te doy yo tengo más.
Escucho un ruido adentro. ¡Adiós, mi amor!

(El Ama llama desde adentro)

¡Ama, ya voy! Y tú, Montesco amado,
sé fiel. Espérame. ¡Enseguida vuelvo!

(Se retira)

ROMEO ¡Oh, dulce, oh dulce noche! Pero temo
que todo sea un sueño de la noche
sin otra realidad que su dulzura.

(Vuelve a entrar Julieta, arriba)

JULIETA Dos palabras, mi amor, y buenas noches.
Si tu amor es honesto y me deseas
como esposa, respóndeme mañana,
con alguien que en tu busca mandaré,
la hora y el lugar de nuestra boda.
Así pondré a tus plantas mi destino
y serás mi señor en este mundo.

(El Ama, desde adentro)

AMA ¡Señoral

JULIETA ¡Ya voy!
Pero si tienes malas intenciones,
te suplico. . .

(El Ama, desde adentro)

AMA ¡Señora!

JULIETA ¡Enseguida! ¡Enseguida! . . . Te suplico
que no me sigas cortejando más
y me abandones a mi desconsuelo.
Te irán a ver. . .

ROMEO Es mi alma la que espera.

JULIETA ¡Buenas noches, mil veces!

ROMEO ¡Mil veces tristes noches sin tu luz!
El amor va al amor como los niños
arrancan de sus libros en la escuela,
pero el amor se aleja del amor
como el niño forzado va al colegio.

(Se retira lentamente. Entra Julieta, arriba)

JULIETA ¡Ay! ¡Romeo, Romeo! Oh, quien tuviera
la voz del halconero que obligase
a volver al halcón a nuestras manos.

ROMEO Es mi alma que me llama por mi nombre.
¡Qué tañido de plata a medianoche,
qué arrobadora música se siente
cuando se oye la voz de los amantes!

JULIETA ¡Romeo!

ROMEO ¡Amada mía!

JULIETA ¿Díme a qué horas
te enviaré el mensajero?

ROMEO

Hacia las nueve.

JULIETA Allí estará. ¡Hay un siglo hasta esa hora!
¿Para qué te llamaba? Lo olvidé.

ROMEO Aquí estaré hasta que lo recuerdes.

JULIETA Lo olvidaré para que aquí te quedes
y mi recuerdo te haga compañía.

ROMEO ¡Me quedo aun para que aun lo olvides,
nada recordaré sino este sitio!

JULIETA Ya llega el día. Yo hubiera querido
decirte que te fueras, no tan lejos,
como lo hace la niña que libera
por un minuto un pájaro cautivo,
un pobre prisionero encadenado,
y luego lo recobra con un hilo
celosa de su nueva libertad.

ROMEO Quiero ser ese pájaro.

JULIETA También yo lo quisiera, amado mío,
pero tendría miedo de matarte
con mis caricias. ¡Buenas, buenas noches!
Decirte adiós es un dolor tan dulce
que diré buenas noches hasta el alba.

(Sale)

ROMEO ¡Baje el sueño a tus ojos, y la paz
baje a tu corazón! ¡Me gustaría
ser el sueño y la paz que te acaricien!